

BIOGRAFÍA PERSONAL E INTELECTUAL DE JUAN MARICHAL

Julia Cela (Universidad Complutense)

Juan Marichal fue uno de los intelectuales más originales de la España de la segunda mitad del siglo XX cuya singularidad se acrecienta si se considera que su obra fue escrita fuera de su propio país, debido al exilio que las circunstancias políticas le llevaron junto con su familia a emprender. No obstante, nunca dejó de pertenecer, allí donde se encontrara, a la comunidad española que había dejado atrás, y puede sugerirse que su preocupación por todo lo que acontecía en su país le llevó a enriquecer la tradición intelectual española a través de su obra, pero además contribuyó a la recuperación del legado liberal, parlamentario y democrático que conoció desde adolescente en la España de los años treinta, y que desde el exilio luchó por restaurar.

Sus obras reflejan una gran pluralidad de intereses, desde los ensayos de historia de la literatura que analizan el estilo literario de Santa Teresa o San Juan de la Cruz hasta los poetas de la generación del 27, especialmente la obra de Pedro Salinas, pasando por Cadalso, Feijóo, Jovellanos o Benito Pérez Galdós, para convertirse en un experto en Unamuno y Ortega y Gasset, y llegar hasta los compañeros transterrados como Américo Castro, José Ferrater Mora y Francisco Ayala. Pero si sus ensayos sobre la literatura española y latinoamericana son de consulta obligatoria para conocer la labor de estos escritores fundamentales de habla hispana, quizá pueda sugerirse que su lugar preeminente en la historia del ensayo español lo alcanza gracias a los estudios pioneros de dos personajes de la historia contemporánea: Manuel Azaña y Juan Negrín, de los cuales son deudores todos los posteriores historiadores que se han acercado a estos dos políticos y al estudio del ensayo español contemporáneo.

En estas páginas nos acercaremos a la personalidad de Juan Marichal, a su carácter, a las vicisitudes de su vida que configuran a través del enfoque de la biografía intelectual, ya que es fundamental conocer a la persona y sus circunstancias para entenderlos plenamente. Y por ello esperamos que este esbozo biográfico que aquí presentamos sirva a los lectores de estas *Obras* a comprender mejor la labor de este singular intelectual español formado en el exilio, pero siempre con el pensamiento puesto en su país.

Si tuviéramos que definir en una frase al hombre y al intelectual que fue Juan Marichal, nos podría servir la definición que un día dio de sí mismo Manuel Azaña: burgués, liberal e intelectual. Hoy todas estas acepciones se encuentran un tanto denostadas y pueden conducirnos a equívocos y falsas interpretaciones, se encontraban más claramente definidas en el momento en que lo hizo Azaña a principios del siglo XX. La palabra burgués nos viene dada por la pertenencia a un origen familiar, el de la burguesía provinciana dedicada a los negocios, propia de su Canarias natal. Burguesía de espíritu laico, que transmite sus valores morales de una elevada educación a sus vástagos, valores parejos a los que proclama en esa época la Institución Libre de Enseñanza y Giner de los Ríos, y que Juan Marichal cultivó durante toda su vida. Liberal, más allá de toda ideología política –que en los ismos del siglo pasado en su caso se entronca con el socialismo- tal como hoy entendemos esa palabra, sino liberal como entendían el liberalismo los padres de la Ilustración –que tan bien ha estudiado Marichal- como respeto y tolerancia hacia la personalidad individual, y a la singularidad propia y manifiesta de cada individuo. E intelectual, porque su quehacer a lo largo de toda su existencia ha estado marcado por el ansia de saber, de aprender y de transmitir los conocimientos adquiridos.

Y no debemos olvidarnos de los rasgos propios de su carácter, aquellos que lo definen como la persona que fue y que conocimos, rasgos

como: la bondad, su peculiar ingenuidad, cierto escepticismo ante los hechos y las personas, esa elegancia en las formas, la tolerancia hacia el mundo que le rodea y sus semejantes, la sencillez, su indefensión hacia lo cotidiano, su hipocondría que no era el miedo a la muerte sino a la enfermedad misma. Pero de todos los rasgos el que mejor define a un intelectual es el *estilo*, el estilo propio y característico de su escritura. Pues como muy bien dice Marichal, en un estudio sobre Juan Negrín, refiriéndose a éste pero que también sería válido para él: “Y como siempre sucede, en el estilo se transparenta la persona entera, el hombre verdadero”. En su original estilo literario se transparenta la sencillez con la que expresa los conceptos más complicados, esa lectura de sus textos que nos resulta de fácil comprensión y que es producto de muchas horas de lectura y redacción para llegar a un lenguaje tan claro y preciso. Esta preocupación por el estilo, no solo como expresión literaria sino también como expresión de la personalidad de quien escribe, le llevó desde sus inicios como investigador a trabajar en tal original idea, que quedó plasmada en uno de sus primeros libros *La voluntad de estilo*, y en la que ha seguido ahondando en estudios posteriores.

Si tuviéramos que buscar tan solo un rasgo que defina al hombre y al gran intelectual que conocimos, podemos sugerir que en Marichal se destacaba sobre todo su ansia de saber, de aprender algo nuevo, ese amor por la lectura y el trabajo intelectual desde que era un niño sensible y preocupado por el mundo que le rodeaba y, que le llevó a plasmar todas estas preocupaciones e investigaciones en una obra como la suya que muy bien define Biruté Ciplijauskaité: “Una obra que ha sabido unir la filosofía y la historia, aplicándolas a la literatura para conseguir una visión integral”. Una obra que parte desde una idea que le persigue desde muy joven, la de *historiar* el ensayo español, mucho menos estudiado que la literatura española, aportando para ello sus conocimientos como historiador, sus pensamientos y reflexiones filosóficas, que ya de adolescente quedan reflejadas en sus *Diarios filosóficos* –inéditos-, y todo

ello expresado con un cuidado estilo literario, el suyo propio, en el que se trasluce su personalidad entera, esa que intentaremos desentrañar y mostrar a través de esta breve biografía intelectual.

INFANCIA EN CANARIAS (1922-1935)

Juan Marichal nace en Santa Cruz de Tenerife el 2 de febrero de 1922, en el seno de una familia de la burguesía comercial de las islas. En su partida de nacimiento consta que es hijo legítimo de José López Marizatt y de Concepción Marichal López, ambos naturales y vecinos de esta población. Y podemos comprobar, que el niño al que inscriben como Juan Augusto (el nombre de cada uno de sus abuelos) López Marichal, es natural de Santa Cruz de Tenerife no solo por nacimiento sino también por ambas ramas familiares.

La familia paterna de los López-Marizatt era una familia dedicada al comercio de las islas, en concreto el abuelo Juan López era propietario de una tienda de paños, situada en la calle Castillo, por lo tanto se dedicaba al pequeño comercio. Pese a la tradición comercial de la familia solo continuó esta actividad su hijo mayor José, pero dedicándose ya al comercio de exportación de la industria bananera de la isla. La familia materna los Marichal-López también tenía su lugar en esa burguesía comercial urbana de la isla a través de la industria del plátano, pero sobre todo destacará por las labores políticas que llevarán a cabo alguno de sus miembros y que tanta trascendencia ha tenido en la historia de la isla, como fue el caso de su tío Rubén Marichal –hermano mayor de su madre-, que fue el fundador del Partido Republicano Tinerfeño, por el que obtuvo un escaño en el Parlamento en las elecciones de noviembre de 1933. Partido que luego se acabó integrando en el Partido Radical.

Aquel niño que nació el 2 de febrero de 1922 en la Rambla, muy pronto dejó de ser hijo único, pues al año siguiente nació su hermano

Carlos, Chicho como le llama su “mano” Juan y toda la familia. La llegada del hermano no supuso los celos habituales de los niños cuando otro ser les quita protagonismo y sobre todo el cariño de su madre, -madre que el niño Juan adoraba- tal vez porque era todavía muy pequeño, y lo que supuso era tener otro compañero de juegos y un cómplice ya durante toda la vida. Ambos hermanos siempre estuvieron muy unidos no solo en aquellos días de la infancia tinerfeña sino también durante los años del exilio, y aún cuando en los años de madurez vivían don Juan en los Estados Unidos y su hermano, en Puerto Rico.

Con su hermano y sus primos Capote también compartía además de los juegos, las horas de colegio, asistían al colegio de San Ildefonso, que aunque era un colegio religioso, no recuerda que se respirara mucho clericalismo, y eran respetados, o al menos no se sentían discriminados los niños de las familias liberales de la isla, a la que él y sus primos pertenecían. Aunque don Juan guarda un buen recuerdo del colegio de San Ildefonso, desde que en el verano de 1934 conoce en la playa de El Médano a una niña que estudia en Madrid, en el Instituto-Escuela y le cuenta las excelencias de la enseñanza allí impartida, don Juan ya sueña con asistir a un colegio así, y también de alguna manera sueña con la niña que le hablara de tal institución pedagógica de Madrid.

Unos años antes de que la familia se preparara para el traslado a Madrid, su tía Carmen Marichal se casa en 1931 con Domingo Pérez Trujillo, persona tan influyente en la historia de la isla, como también lo será en el transcurso de la vida futura tanto de don Juan como de su hermano, Chicho. La familia Marichal bendijo esa unión, que les parecía caída del cielo, “¡por fin se casa Carmencita!”, por fin casaban a la hija un tanto díscola de los Marichal, en comparación con la rectitud de su hermana Concha. Y Carmen se casa como un personaje singular de la isla, un antiguo periodista, que en 1922 fue detenido por publicar un artículo que la dictadura de Primo de Rivera consideraba irreverente con la religión católica. Domingo Pérez Trujillo, que fue el fundador en el Puerto de la

Cruz de la primera Agrupación Socialista de Canarias, se afilió al Partido Socialista Obrero Español y a la Unión General de Trabajadores y fue el representante de Tenerife por el partido socialista en las primeras elecciones en las Cortes Constituyentes de la Segunda República durante 1931-1933, lo que le llevó a trasladarse como a su cuñado Rubén Marichal a la Península.

En 1935 se plantea el traslado a Madrid del padre de don Juan, para ocuparse de un almacén en la capital española de la empresa exportadora Rodríguez López, y viajan con él su familia: su esposa y sus dos hijos. Al niño Juan, por un lado le mueve la tristeza de abandonar la isla, sus compañeros de juegos, las lecturas con su amigo Trino, la playa de El Médano, pero por otro le mueve la ilusión de que le hablaba la niña del verano del 34 de poder ingresar en un colegio como el Instituto-Escuela. En esa disyuntiva se manejaba don Juan cuando se ve obligado por la familia a abandonar la isla y trasladarse con ellos a Madrid.

SEGUNDA REPÚBLICA Y GUERRA CIVIL ESPAÑOLA (1935-1938)

La llegada a la península en el año 1935 de la familia López-Marichal en principio no produjo en don Juan un gran disgusto, pues le estimulaba el cambio de colegio, la perspectiva de poder ir al Instituto- Escuela, debido a su carácter pedagógico. La realidad fue otra, “y se adoptó la idea de enviarme al Instituto Quevedo que se encontraba detrás del edificio de la Telefónica, y que hoy ya no existe”. Aunque no era el anhelado Instituto-Escuela, el Instituto Quevedo ofrecía una enseñanza pública laica muy del gusto de don Juan en la que, a diferencia de su anterior colegio en Tenerife, se discutían temas en clase y había una gran participación de los alumnos en los temas que se trataban.

Pero ese año de 1935 vendrá marcado por uno de los acontecimientos más importantes en la vida de Juan Marichal, la muerte

de su madre quien enfermó al poco de su llegada a la Península. Don Juan no recordaba cual era verdaderamente la causa de su muerte pero parece que debió ser algún tipo de cáncer. La muerte de la madre se produjo en julio de 1935 cuando don Juan contaba tan solo trece años y entraba en la difícil etapa de la adolescencia, por lo que este acontecimiento marcó no solo los años de ésta sino también el resto de su vida y marcaron ya su destino y el de su hermano, Carlos. La muerte de su madre Concha termina con el feliz mundo de la infancia, y su pérdida le deja abatido, sin consuelo y con un cierto resquemor hacia su padre. En efecto es el comienzo de la ruptura con el padre, que se hará del todo efectiva unos años después, ya en Barcelona cuando decide no quedarse con él, sino tomar la difícil senda del exilio. Pero ya entonces en Madrid, tanto él como su hermano dejan de vivir con su padre, que pronto vuelve a casarse con su secretaria, y prefieren ambos hermanos (aunque la decisión la toma el hermano mayor por los dos) ir a vivir con su tía Carmen (hermana de la madre) y su esposo Domingo Pérez Trujillo que habitaban un piso en la calle Ríos Rosas de Madrid. También don Juan decide dejar el Instituto Quevedo y acudir al colegio de huérfanos de telégrafos, en honor a su madre, que había sido telegrafista, de recién casada, y si bien hacía años que no ejercía su antigua profesión siguió pagando hasta el final de sus días una cuota que habilitaba a sus hijos a ingresar en el colegio si ella fallecía. No sabemos por qué razón- y tampoco don Juan lo recordaba- su hermano no asistió a ese colegio, solo lo hizo él.

La política en aquellos años republicanos lo impregnaba todo, no solo desde las aulas en las que los niños y adolescentes estaban al corriente de lo que estaba pasando en su país y se atrevían a discutir entre ellos y los profesores, sino que también prácticamente en todos los hogares españoles se encontraban informados y preocupados por la situación que se estaba viviendo. En la casa que don Juan compartía con sus tíos, la política estaba muy presente, y era lógico ya que su tío Domingo Pérez Trujillo había sido diputado socialista en el primer gobierno de la

República y seguía en su militancia y colaboración con el PSOE. Es en su propia casa, por lo tanto, donde don Juan toma conciencia de los acontecimientos que se avecinaban, de los problemas y revueltas en el bienio negro, de la división en el seno de la izquierda, incluso la división entre los propios socialistas que él presencié en las discusiones habidas en su propia casa. Y así en esta República convulsa llegamos al verano del 36, “el año de 1936 en mi vida como la de tantos fue el año del gran tajo, de la gran divisoria. Yo lo viví de una manera muy tajante digamos, porque el colegio se iba a cerrar para el verano pero no se cerró hasta el comienzo de las hostilidades, y ya no se volvió a abrir”. Como muy bien nos dice don Juan, en el año 1936 se produjo un gran tajo en su vida, y como la de él, en la de tantas otras personas, en la gran mayoría de los españoles de ese momento.

Don Juan recuerda que en un principio tanto él como su hermano intentaban hacer una vida lo más normal posible, incluso fueron al cine hasta fecha muy tardía, tal como noviembre de 1936, con el frente ya muy cerca de Madrid. Tan cerca que podía escuchar los cañonazos desde su piso de la calle Ríos Rosas; eso sí sintió las bombas, vio algunos heridos, entre ellos, hasta su propio tío, pero no vio ningún muerto. La familia le preservó a él y a su hermano lo más posible de los desastres de la guerra, aunque fuera una familia tan implicada en el conflicto.

La vida en Madrid no era nada segura, ni siquiera para los altos cargos del partido socialista, recuerda Marichal, pero además toda la familia vivía con miedo por su tío que se encontraba en el Frente, y al que casi nunca veían. Incluso le había encomendado a Juan que si él no aparecía, quemara en el sótano dónde estaba el horno de la calefacción todos los documentos que se hallaban en su despacho, y también le mostró unas sacas en ese mismo sótano que contenían garbanzos. Los garbanzos los recuerda don Juan en ese momento como una de las preocupaciones fundamentales de los madrileños, debido al hambre que ya se estaba apoderando de la ciudad. Por eso la familia decidió que los

dos niños abandonaran Madrid, como así lo hicieron el 13 de diciembre de 1936, con destino a Valencia.

El viaje desde Madrid a Valencia lo hicieron con un grupo de jóvenes que encabezaba su profesor Fidel Moncada, que había sido herido y se encaminaba a Valencia para su recuperación. Valencia se les presenta a los hermanos Marichal como un paraíso: iban a las tiendas y encontraban comida, y además en las calles no se veía el desorden de Madrid, veían cierta tranquilidad e inclusive alegría, ya que mayoría de la población no se sentía invadida por el miedo. Se encontraban en Valencia los dos jóvenes, sin mayores que se hicieran cargo de ellos, pues sus tíos se quedaron en Madrid, ya que Domingo Pérez Trujillo había sido gravemente herido por una bomba de aviación que había destruido el automóvil en el que viajaba, por lo que se hallaba internado en el Hospital General –lo que hoy conocemos como el Museo Reina Sofía- al cuidado de su esposa.

El día a día en la Valencia republicana transcurría en el Instituto Blasco Ibáñez al que acudían Juan y su hermano todas las mañanas, alejados de la guerra y dedicados al estudio. Si don Juan en las clases del instituto valenciano destacaba en literatura y filosofía, su hermano Carlos lo hacía en dibujo, ya en aquellos años tempranos de Valencia, Carlos dibujaba de una forma que deslumbraba a sus compañeros, a su propio hermano –sobre todo- y a sus profesores. Y así decidieron con un grupo de amigos del Instituto entre los que se encontraban los hermanos, Juan y Luis Sanz editar su propia revista, que llevaba por nombre *La Guanchada*. La revista, como es de suponer, tuvo corta vida, y no se conserva ningún ejemplar, pues estos se perdieron en Casablanca. Pero sí recuerda don Juan que *La Guanchada* reflejaba en sus páginas algunos acontecimientos culturales de importancia a los que asistió en el año 1937, como un recital de poemas de León Felipe, o el Congreso de intelectuales antifascistas celebrado en Valencia, en que los principales intelectuales del momento manifestaban su apoyo a la República Española. Pero con el paso de los años lo que siente Marichal por la pérdida de los ejemplares de la revista,

no es por sus artículos o los de sus amigos, sino porque ya no quede constancia de las ilustraciones que hizo su hermano Carlos.

En el invierno de 1937 la familia, siguiendo al gobierno republicano, se traslada a vivir a Barcelona. Primero sus tíos Domingo Pérez Trujillo y Carmen Marichal se instalan en dicha ciudad y pronto deciden que sus sobrinos abandonen Valencia y vayan a vivir con ellos. El padre de los Marichal, José López también se instala en Barcelona, aunque por aquel entonces ya no se dedicaba a la exportación de plátanos, sino que había ingresado en el cuerpo de funcionarios del Estado, con un cargo de alto nivel. El vive mejor que sus cuñados, en un buen piso; además disfruta de alguna de las prebendas de su cargo, por lo que decide que sus hijos deben vivir con él, ya que él sugiere que además pueden estar mejor atendidos en una ciudad en plena guerra. Pero don Juan se opuso terminante a vivir con su padre, “él nos ofreció vivir con él, pero yo rompí entonces con él, de una manera que podríamos decir como de novela rusa, diciéndole que yo me acordaba de mi madre.” Marichal no quería volver con su padre, seguía sin perdonarle que éste se hubiera vuelto a casar, y que él no podía estar con su madrastra, que prefería quedarse a vivir con sus tíos. El padre le pide que al menos deje a su hermano Carlos que vaya a vivir con él, pero don Juan le contesta: “Carlos se viene conmigo”. Y como muy bien expresaba don Juan muchos años después, ese día, debido a esa decisión tan drástica marcó ya para siempre el destino de los dos hermanos.

Barcelona no era como Valencia: existían revueltas todos los días, bombardeos, la ciudad se hallaba en plena guerra civil, atestada de gente que, como ellos, buscaba comida entre la escasez de alimentos. “Nosotros nos encontrábamos muy desamparados, porque mi tía era una mujer incapaz de encontrar comida, también es cierto que había escasez en ese momento, la ciudad además estaba atestada con toda la gente que vino del resto de los lugares, se practicaba el estraperlo, y solo sobrevivían los más avisados. Hasta recuerdo –y esto sin hacer literatura- que íbamos mi

hermano y yo por el monte buscando hierbas que nos pudieran servir para una sopa. Estuvimos pasando hambre, desde luego”.

Pero no todo fueron penurias en Barcelona, pues pese a los bombardeos, a las revueltas callejeras y el hambre, los Marichal prosiguieron con sus estudios. Ahora el Instituto elegido era el Instituto Nicolás Salmerón uno de los institutos más prestigiosos de la ciudad. Y recuerda su estancia en el Instituto con verdadero agrado, porque los institutos en los que estuvo durante la guerra civil fueron como pequeños oasis que hacían olvidar a sus estudiantes la situación tan dramática del país entero envuelto en un conflicto sangriento y prolongado. Tuvo la suerte de tener un profesor de filosofía como Eduardo Nicol en el Instituto Nicolás Salmerón quien impartía unas clases que dejaron profunda huella entre sus alumnos, sobre todo en Juan Marichal. Recordaba que sus clases no eran las corrientes al uso, sin que hacía pensar a sus alumnos sobre temas de la vida cotidiana desde una perspectiva filosófica; se discutían las enseñanzas de los grandes filósofos como Descartes, uno de los primeros que estudiaron; o sobre ciertos temas como el recuerdo, la imaginación, la verdad hallada por uno mismo, etc. Sobre todas esas cuestiones les hacía reflexionar a los alumnos Eduardo Nicol. Es entonces cuando Juan Marichal, impulsado y maravillado por las enseñanzas del filósofo y por los temas que se debaten en sus clases, siente el despertar de su vocación de filósofo en imitación a su maestro. Así comienza el 23 de diciembre de 1937, una serie de cuadernos, en total al menos unos nueve que se conservan, que llevan por título: *Pequeño diario filosófico*. Estos cuadernos son un diario de sus pensamientos y vicisitudes durante el tiempo que don Juan vivió en Barcelona y en París.

Al acabar el curso en el verano de 1938, la situación no mejoraba en Barcelona, al revés empeoraba, y el hambre era cada vez más acuciante, por lo que los tíos de los Marichal decidieron que ambos hermanos acompañados de su tía Carmen se marcharan ya al exilio y se trasladaran a París. Su tío Domingo Pérez Trujillo continúa todavía en Barcelona, al

mando de una fábrica de armamento, a la espera de que la guerra finalice y entonces también se reunirá con su familia en el exilio.

UN JOVEN EXILIADO EN PARÍS (1938-1941)

En el verano de 1938 parten en tren hacia París, Carmen Marichal acompañada de sus dos sobrinos, Juan y Carlos Marichal. En la capital francesa se alojan en un piso muy pequeño, y la penuria continúa: el dinero que llega de España era muy escaso, por lo que son fundamentales algunos fondos que manda la familia de Canarias que les sostienen mientras viven en París, pero tampoco son suficientes para poder vivir bien y, en realidad, apenas sirven para mal alimentarse. Al poco de instalarse en París, deciden que en tanto Carlos ya había demostrado grandes dotes para la pintura, debía aprovechar la oportunidad que se le brindaba en un internado belga –con gran prestigio en los estudios de Bellas Artes– financiado por el gobierno checoslovaco, que en esos momentos colaboraba con el gobierno de la República española. Fue la primera separación de los dos hermanos, que no se volverían a encontrar hasta dos años después cuando el ejército nazi invadiera Bélgica y Chicho regresara a París para reunirse con su familia y juntos viajar a Casablanca. Don Juan dice que el arte de su hermano Carlos nació verdaderamente en Bélgica que ahí comenzó a expresarse como el pintor que luego llegaría a ser, y que él sentía profundamente no poder haber asistido al nacimiento de su arte.

En ese verano de 1938 don Juan deambula por París, es un joven de dieciséis años, escaso de recursos, que pasea por la ciudad, visita el Louvre y sobre todo se siente profundamente solo. De todas formas esa ansia de aprender en todo momento le acompaña aún en los días tristes y solitarios de París y además de disfrutar del arte y los museos que le proporciona la ciudad, también prosigue con sus lecturas filosóficas, ahora ya en su nuevo idioma, el francés.

A comienzos del curso de 1938-1939 la familia decide que lo mejor para don Juan es que prosiga sus estudios de bachillerato, y el lugar elegido es el prestigioso Liceo Michelet que, además de proporcionar una excelente preparación, era uno de los pocos liceos que aceptaban alumnos extranjeros y que tenía internado. El Liceo era cosmopolita ya que además de los alumnos franceses incluía un gran grupo de alumnos latinoamericanos, de alumnos judíos que provenían de familias que ya huían de la persecución por parte de los nazis, y solo otro alumno español, Julio Álvarez del Vayo, hijo del ministro.

Don Juan continúa en París su interés por la filosofía: en un cuaderno de ese curso se conservan sus notas que él titula “Notes Philo et Littérature”, notas escritas en francés que relatan las obras que él estudia en esos momentos, incluyendo Jean Rostand, Schopenhauer, Paul Valéry, Thibaudet, Durkheim, pero también: José Ortega y Gasset y Salvador de Madariaga. Así era el nivel de estudios del bachillerato francés, pero no era menos el nivel de los institutos republicanos, cuando profesores y alumnos se sorprenden al saber que el joven español ya había leído a Kant, Descartes, Pascal, Platón, Aristóteles, Hegel, Stuart Mill, y por supuesto, Ortega. “Le petit rouge”, como le llamaban cariñosamente sus compañeros del liceo, era ya por aquel entonces todo un filósofo y un literato.

En París don Juan sigue escribiendo sus diarios filosóficos, pero estos ya no son tan intelectuales y filosóficos como aquellos pequeños cuadernos que comienza en Barcelona: éstos son mucho más trágicos y esas reflexiones se tornan más personales, ya que expresan sus propios pensamientos sobre la guerra civil española que ya llega a su fin, y sobre el inminente estallido de la guerra mundial que en París ya se respira en el ambiente.

Pero aquel verano de 1939. sin Liceo, deambulando por París no va a ser en todo momento tan sombrío aunque don Juan se sienta muy solo, pues también está el disfrute de las tardes en el Louvre y el deslumbramiento por los cuadros de los pintores impresionistas franceses,

a los que él denomina pintores líricos. Además de la pintura que desvía por momentos sus lúgubres pensamientos de ese verano, también se encuentra Jenny, una joven francesa que conoce el 19 de agosto; al día siguiente dan su primer paseo por el Bois de Vincennes, aunque ese mismo día pierde sus papeles de identificación. Como él dice en su diario, no hay felicidad completa para él, solo felicidad relativa. Y escribe que la fortuna le ha hecho encontrar a Jenny en esas horas de dolor: ella le proporciona consuelo, y él le cuenta sus años vividos en España, la pérdida de su madre, su hermano que se encuentra lejos..., pero son tantas desgracias que le hacen pensar que Jenny se aburre con él; además, no tiene dinero para invitarla ya que viven él y sus tíos pendientes de que les llegue alguna remesa que pueda enviar la familia desde Tenerife. La guerra mundial ha comenzado y él piensa en enrolarse aunque sea menor de edad, no quiere “ser un ratón enmarcado”; él quiere alistarse y combatir a las tiranías, esas tiranías que según él son las que engendran la guerra. Pero la realidad y la familia se imponen y no le dejan enrolarse, sino que prosigue sus estudios en el Liceo Michelet en el curso de 1939-1940, hasta la primavera. Esa primavera trae una buena noticia porque por fin se pueden volver a reunir los dos hermanos. La causa, sin embargo, no es halagüeña pues es resultado de la invasión de Bélgica por el ejército alemán en mayo de 1940, la que obliga a la salida de varios miles de niños españoles exiliados, viajando en trenes que estaban destinados a cruzar Francia para llegar a España. Sin embargo, muchos exiliados en Francia buscaron rescatarlos: así fue el caso de Juan que tomó una bicicleta en París para pedalear hasta el pueblo afuera de la capital francesa, donde el tren se paraba para cargar combustible y agua. De allí los dos hermanos se regresan a París. Ante el peligro que en esos momentos están viviendo sus hijos José López les propone que regresen a España, que vivan con él en Madrid dónde ha sido destinado al obtener una plaza como funcionario, Juan se niega, no quiere vivir con sus padre, pese a que la situación en la que se encuentran en París de miedo y penurias económicas no sea la más

favorable: persiste en su enemistad en contra de su padre, pese a los ofrecimientos de éste que les salvaría del penoso exilio.

Ante la inminente invasión de Francia por los alemanes, los hermanos Marichal deciden abandonar Europa a fines de la primavera de 1940 para trasladarse a Casablanca –en la Francia libre- a la espera de un barco que les lleve a América. En Casablanca vivieron desde fines de mayo de 1940 hasta octubre de 1941, en que consiguieron embarcar en el navío portugués *Quanza* con destino a México. La espera en Casablanca de estos exiliados españoles con el deseo de llegar a tierras americanas, nos recuerda a la película *Casablanca*; es inevitable pensar en esta familia española viviendo las mismas vicisitudes que todos aquellos exiliados de distintos países que esperan poder trasladarse allende el Atlántico. Don Juan, en cambio, con el paso de los años recuerda la estancia en esa ciudad, como relativamente feliz, sin el dramatismo que por el contrario nos muestra la película. Así la recordaba Marichal: “Nuestra estancia en Casablanca fue en verdad como un oasis pues la ciudad era muy bonita y las relaciones humanas entonces eran cordiales.”

En dicha ciudad don Juan no se sentía tan solo ni tan abatido como en París y durante el tiempo que estuvieron en esa ciudad pudo compartir todas las actividades con su hermano Carlos, al que tanto había echado de menos. En Casablanca pudo terminar el bachillerato francés en esta ocasión en el Liceo Lyautey, también de gran nivel, un bachillerato que le abrió luego las puertas de los estudios superiores cuando se trasladaron a México. En esa época Carlos siguió pintando, pero tanto sus cuadros, como los libros y los documentos de don Juan que dejaron al cuidado de la familia Elmaleh, una familia de amigos judíos, se perdieron por las vicisitudes de la época. Al obtener pasaje en el barco que salía para México solo podían llevar una pequeña maleta cada uno, y su tío le dijo que solo se podía llevar tres libros a México: con los años recordaba que uno de ellos era *El Quijote*, los otros dos ya no los recordaba, pero yo estoy segura que uno de ellos fue *El Discurso del Método*, de Descartes, el libro que le

había acompañado y tantas veces había leído en Valencia, Barcelona y luego en París y Casablanca.

EN LA CAPITAL DEL EXILIO ESPAÑOL: MÉXICO (1941-1945)

El barco denominado Quanza era un barco portugués que partió de Casablanca en octubre de 1941, para llegar tres semanas después a la costa mexicana de Veracruz. La travesía era complicada pues se encontraban en plena guerra mundial y había que evitar por todos los medios posibles los bombardeos alemanes que atacaban a los barcos en el Atlántico, por lo que el viaje se hizo más largo al tener que navegar por el Atlántico Norte en aguas canadienses para tener así mayor seguridad de no ser bombardeados por los submarinos nazis.

Con la perspectiva de los años vividos, don Juan recuerda ese viaje, no como un viaje traumático, un viaje sin perspectiva de retorno a la patria que se dejaba atrás, sino como un viaje esperanzador hacía unas nuevas perspectivas de futuro que ofrecía América en esos momentos terribles de la Europa en guerra. Recuerda las largas caminatas por la cubierta del barco para no marearse con las tempestades que en muchas ocasiones azotaban al mismo; recuerda las reuniones de los exiliados que viajaban en él, sentados entre las cajas que llevaban a México a los toros bravos españoles, y al preguntarle de que se hablaba en esa hora de España, cuándo los contertulios eran personalidades tan destacadas de nuestra política como Niceto Alcalá Zamora o Blas Cabrera, don Juan nos comentaba para nuestro asombro que no se hablaba de política como cabía pensar, más bien se hablaba del futuro que a todos les esperaba al otro lado del mar.

Al llegar a México la familia Marichal, se instala en la capital y lo primero que hacen es buscar trabajo para poder subsistir. Domingo Pérez Trujillo comienza a trabajar en una plantación de tomates y don Juan en

la embotelladora *Canada Dry*, fue el primer trabajo que le ofrecieron y no buscó más; lo obtuvo porque un profesor español le había escuchado hablar francés, y se quedó maravillado con la excelente pronunciación francesa del joven español. En la embotelladora “el trabajo era muy sencillo consistía en llevar la cuenta de los camiones que entraban y salían, nada más que eso, era un trabajo como de cajero.”

Al poco de la llegada a México, un acontecimiento trágico surge en el seno de la familia, don Juan salva a su tío Domingo de un intento de suicidio: “Mi tío intentó suicidarse de una manera un tanto infantil digamos, se abrió las venas mientras en una mano tenía las cartas de Séneca, que hablan precisamente del suicidio.” En esa ocasión la presencia de su sobrino Juan, le salvó de la muerte, pero años después esto no fue posible, cuando don Domingo, ya sin sus sobrinos cerca, vuelve a intentar el suicidio, y fallece a consecuencia en la ciudad de México. Domingo Pérez Trujillo no pudo soportar el exilio, no pudo soportar el fracaso de la República y pese al intento de rehacer, aunque con dificultades, su vida en el exilio mexicano, no pudo sobrellevar su condición de exiliado. No fue lo mismo en el caso de sus dos sobrinos, dos muchachos jóvenes que iniciaron sus estudios en la ciudad de México y se integraron plenamente en esta ciudad que tan buena acogida ofreció al exilio español.

En México don Juan cumple su anhelo de ingresar en la Universidad, concretamente en la Facultad de Filosofía y Letras, y allí se encuentra que los profesores que están impartiendo clases en esa Facultad son: Eduardo Nicol (su profesor de filosofía en Barcelona), José Gaos, Rafael Altamira, Joaquín Xirau, con estos profesores sintió la continuidad de la Universidad española, se encontraba en el exilio, es cierto, pero los profesores que impartían en esa Facultad eran como él, también exiliados, y representaban a los mejores profesores de filosofía de las Universidades españolas, que ahora continuaban su profesión de docentes en México.

Como el trabajo en la embotelladora Canada Dry no le permitía apenas asistir a sus clases, y poder acudir también a conferencias y a la amplia actividad cultural que en esos momentos se estaba desarrollando en la ciudad de México, el cambio de trabajo vino de la mano del profesor Rubén Landa, antiguo institucionista que le ofrece ser profesor en el Instituto Luis Vives, fundado por profesores españoles bajo el espíritu de la Institución Libre de Enseñanza. Qué mejor lugar para trabajar para este joven exiliado español, que comienza a dar clases de inglés y francés a los alumnos de primaria.

Pese a que la vida de Marichal en México transcurrió toda ella entre la Universidad y el Instituto Luis Vives, también dedicó parte de su tiempo a la política, a su preocupación por el gobierno republicano en el exilio, ya que en ese momento la ciudad principal era México y en ella se encontraba como figura señera Indalecio Prieto, frente al último Presidente de la República, Juan Negrín. Don Juan era partidario de Negrín, como lo fue toda la vida, y un gran estudioso de su biografía que desgraciadamente nunca fue terminada. Años después nos comentaba como fue aquel momento en que Negrín convoca las Cortes republicanas en México, y como don Juan fue testigo de ese suceso histórico. “Cuando llegó el final de la guerra mundial en 1945, Negrín empezó a hacer un poco de política, a darse cuenta que él no podía ser el símbolo legal de la República española, si no había unos instrumentos legales. De ahí vine que Negrín pensara en la idea un poco quijotesca, irrealizable (luego se realizó), de convocar las Cortes republicanas en México, terreno neutral, y que en esas Cortes hubiera un representante del gobierno, que fuera presidente de las Cortes, repitiendo con unos cien diputados lo que eran las Cortes de Madrid del año 1936. Y Negrín empezó la campaña con los diputados en otros lugares para que asistieran a esas Cortes (...) Finalmente las Cortes se reunieron en México y Negrín hizo un gran discurso que fue una decepción para mucha gente, ante las llamadas Cortes. Entonces un grupo de pequeños quijotes absurdos, entre los cuales yo me contaba, fuimos a

ver a Negrín y convencerle de que era una locura montar todo ese teatro con unos republicanos españoles que seguro iban a votar contra él, e iba a perder su categoría de símbolo. Negrín nos consideró como unos buenos muchachos, a mi me preguntó si tenía novia, y me dijo que me buscara una novia en lugar de buscarlo a él. Resultó que la historia fue más cierta de lo que él pensaba, y de lo que nosotros pensábamos, porque los diputados españoles se reunieron, votaron contra Negrín efectivamente, y a partir de ese momento, Negrín fue un símbolo pero sin verdadera representación legal dentro de esa comedia.” Después de esos hechos vividos en México, don Juan vuelve a encontrarse con Juan Negrín en París, ya abandonado por todos, poco tiempo antes de su muerte, pero su figura será junto con la de Manuel Azaña, a la que dedica más tiempo de estudio a lo largo de su vida como historiador, en el intento de explicar los hechos históricos de la República y la Guerra Civil española.

Juan Marichal termina sus estudios de licenciatura en México, y su maestro Edmundo O’Gorman le aconseja que prosiga con su doctorado en una universidad norteamericana. La Universidad que le propone es la de Princeton, donde imparte clases, otro gran historiador español, Américo Castro. Don Juan sigue los consejos de O’Gorman y en el año 1946 abandona México para instalarse de forma definitiva en los Estados Unidos. Su hermano Carlos se queda varios años más en México donde trabaja en el Palacio de Bellas Artes, pero hacia 1950 también viaja a los Estados Unidos, donde convive con su hermano durante un año; posteriormente, prosigue su propio camino instalándose en Puerto Rico donde conoce a su esposa Flavia de Lugo, y es en ese país donde nacen sus hijos y donde adquiere una gran reputación como profesor de arte en la Universidad y reconocimiento por su pintura. Los tíos, tanto Domingo Pérez Trujillo como su esposa Carmen, siguen viviendo en México, aunque intentaron poder trasladarse con sus sobrinos a Estados Unidos, pero no consiguieron los visados, lo que les obligó a permanecer en México hasta el trágico fallecimiento de don Domingo. Una vez que este fallece, su viuda,

sola en México, sin ningún familiar que la acompañe, decide trasladarse a Cuba donde vive una de sus hermanas, y allí permanecerá hasta el final de de sus días.

LLEGADA A LOS ESTADOS UNIDOS, LAS UNIVERSIDADES NORTEAMERICANAS Y LA FAMILIA SALINAS Y LA LITERATURA (1946-1958)

En enero de 1946, Juan Marichal abandona México para instalarse en los Estados Unidos donde, como ya se ha señalado, su primera estancia fue en la Universidad de Princeton. Con el catedrático, don Américo Castro, el joven Marichal va a trabajar en su futura tesis, como así le habían aconsejado en México. Por una serie de circunstancias también fortuitas -entre las que estaba detrás la figura de don Américo- encontró, nada más llegar, trabajo como ayudante de profesor en la misma Universidad de Princeton y, así el mismo día de su vigésimo cuarto cumpleaños, comenzaba sus tareas de docente y tutor de curso. El trabajo le pareció bastante agradable (aunque tenía muchos horas de clase) y el sueldo bastante bueno, y lo mejor de todo es que le permitía poder seguir los cursos de don Américo, que era la finalidad principal de su viaje a Princeton, así como realizar su tesis doctoral sobre la figura y la obra del Padre Feijóo.

Cuando Juan Marichal termina su doctorado en Princeton, obtiene un puesto de profesor de primer nivel (“instructor”) en Harvard y se traslada a Boston con su propia familia, estando ya casado con Solita Salinas (la hija del poeta Pedro Salinas) y siendo padre de su primer hijo, Carlos. Pero antes de llegar a este punto vamos a hacer un inciso en la forma en que se conocieron don Juan y su esposa. Como hemos visto, la llegada a Princeton para Marichal, fue una llegada venturosa en todos los sentidos, y además el temido don Américo no lo recibió con cajas

destempladas, sino todo lo contrario, prácticamente lo trató como a un hijo. Y así iba a ocurrir con el resto de la comunidad de españoles e intelectuales exiliados en los Estados Unidos, las familias exiliadas de los Guillén, Salinas, Zulueta, García Lorca, entre otras, quienes lo acogieron como uno más de ellos.

Solita Salinas, durante los años de estancia en los Estados Unidos, tenía en Teresa Guillén a su mejor amiga, al igual que los padres de ambos, Pedro Salinas y Jorge Guillén, tuvieron una gran amistad durante toda su vida, tanto en España como luego en el exilio. Esta amistad entre los poetas se dio en sus hijos que prácticamente se criaron juntos en el exilio norteamericano, y si Claudio (hijo de Jorge Guillén) fue siempre amigo y compañero de Jaime (hijo de Pedro Salinas), sus hermanas mayores Teresa y Solita fueron también siempre amigas íntimas. Por aquel año de 1946 en el que Juan llega a Princeton, Teresa Guillén ya se encontraba casada y acababa de conocer al nuevo estudiante español de don Américo. Según lo contó, le pareció que era el hombre ideal destinado para su amiga Solita y, así, rápidamente organizó una comida en su casa en la que los dos fueron invitados con el fin de presentarlos. Solita me contaba que el flechazo fue instantáneo y mutuo, pues recordaba “que nada más vernos pues... nos quedamos... que no veíamos a nadie más.” Su amiga le decía que tenían que casarse, que estaban hechos el uno para el otro. Y la verdad es que las palabras de Teresa Guillén fueron de lo más premonitorias y acertadas, pues realmente se casaron y permanecieron unidos hasta el final de sus días, constituyendo una de las parejas más compenetradas que hayamos conocido.

Y así nos cuenta Jaime Salinas como don Juan fue presentado a la familia Salinas: “En otoño de 1946, cuando la familia había regresado a Baltimore, Juan fue presentado a Don Pedro y a doña Margarita. Mi padre quedó encantado con el joven discípulo de don Américo que desde el primer día le trató con veneración. (...) Juan sabía escuchar, seguir su

conversación, y no dudo de que fue el primero en desear que su relación con la hija del poeta fuera a más. Para mi madre, el que hubiera hecho su bachillerato francés era un tanto a su favor, pero lo que más le agradaba era ver cómo mi padre disfrutaba de su compañía. (...) No sé si Juan encontró en él al padre que hubiera querido tener; lo que sí es cierto es que Don Pedro encontró en él al hijo que le hubiera gustado tener, más aún cuando con este “hijo” podía compartir la soledad del exilio.” La admiración de ambos fue mutua, y años después don Juan nos hablaba de su suegro con verdadera veneración, no solo en su faceta humana de padre y abuelo, también como el poeta al que su yerno dedica muchas horas de estudio y publica sendas ediciones de su obra, sino sobre todo, como el gran maestro que fue Pedro Salinas, un maestro vocacional como recordaba también su hija: “le encantaba dar clases”. Si Jaime Salinas nos ha descrito de manera penetrante ese primer encuentro entre suegro y yerno, Solita también nos añade sus impresiones: “Juan llegó en un tren larguísimo y con una barba y una cara de susto. Y todo el mundo se divirtió muchísimo con esto. Y ahí conoció Juan a mi padre. Lo que pasa es que a mi padre le encantó. Además les unía la timidez. Pues mi padre con todo esto era muy tímido”. A lo que en esa conversación de recuerdos, don Juan añadió: “Había una cierta afinidad entre nosotros. A mí me gustaba mucho el sentido del humor que tenía Salinas, y que no era lo propio de mi maestro de Princeton –Américo Castro-, porque había en él una actitud más humanizadora, más alegre, y sin la pedantería de algunos de los profesores”.

Y el noviazgo se formalizó en boda. Y así el 8 de junio de 1947 contrajeron matrimonio Juan Augusto López Marichal con Soledad Salinas Bonmatí. Y con la llegada de la primavera del año siguiente de 1948, los Marichal tuvieron a su primer hijo que nació concretamente el 10 de marzo. Solita se instaló en la casa familiar de los Salinas en Newland Road (Baltimore), arropada y protegida por sus padres y su hermano, mientras don Juan esperaba el feliz acontecimiento dando sus clases en Princeton.

Al año siguiente el 7 de noviembre nace el segundo hijo de los Marichal, Miguel, que es desde luego tan celebrado por toda la familia como el primero. Pero la condición de abuelidad que tanta alegría le proporcionó a Don Pedro, no pudo disfrutarla mucho, ya que la enfermedad le consumía y le condujo todavía joven a la muerte. En la última carta que le escribe a su amigo Guillén le cuenta como la enfermedad le consume, pero aún así tiene el aliento suficiente para seguir trabajando en su obra y también para disfrutar de sus nietos. Esta última carta a Jorge Guillén está fechada en Cambridge, el 10 de noviembre de 1951: “¿Noticias? Yo, lo mismo, si acaso un poco más dolorido a ratos, y pasando veintiuna horas en la cama. Es muy sencillo, Jorge: o encuentro en mí toda la paciencia y resignación que necesito, o estoy perdido. (...) Ahora dicto, a ratos, un ensayito sobre “Poesía y voz” (sobre los discos de poesía) para mi colaboración de Caracas. Lo hago con miedo: el miedo terrible, Jorge, a ver si aún soy capaz de escribir algo –y modesto- por lo menos decoroso. Adiós”.

Después de esa última carta a su amigo Jorge Guillén, la vida de Pedro Salinas se iba consumiendo por la enfermedad: lo que en principio parecía tan solo una ciática, se convirtió en algo mucho más grave, una enfermedad todavía poco conocida, cáncer de la médula ósea. Pese a las atenciones de los médicos del Massachusetts General Hospital de Cambridge, no pudieron hacer nada por su vida, y de esta forma falleció el 4 de diciembre de 1951. Una semana antes, el 27 de noviembre, había cumplido sesenta años. “Unos días antes de la muerte de mi padre –nos narra Jaime Salinas-, mi madre había recibido de Puerto Rico un telegrama de Luis Muñoz Marín, el primer gobernador nativo, recientemente nombrado por Truman. (...) El telegrama le pedía a mi madre que nuestro padre fuera enterrado en San Juan, en el antiguo cementerio, al pie del Morro y junto a ese mar que tanto había querido. Aquel otoño había sido gris y lluvioso en Boston, y apenas habíamos visto el sol, de modo que nadie lo dudó: Don Pedro sería enterrado en Puerto

Rico, en aquel cementerio apesadado entre el mar y las murallas de la Fortaleza del Morro”. El escritor Francisco Ayala, gran amigo de Pedro Salinas fue una de las personas que acudió al entierro, ya que por aquel entonces se encontraba exiliado en Puerto Rico, y cuenta como se quedó sorprendido al ver que acudía tanta gente de la isla, incluso vio a niños y jóvenes que también asistían; pensó que esos jóvenes no sabían a quién se enterraba y acudían arrastrados por la curiosidad y el gentío y por ello le preguntó a uno de ellos si sabía que ocurría para que se concentrara tanta gente en el cementerio, a lo que el joven le contestó: “Es que a muerto un poeta español”. Así era de querido Don Pedro que también vivió un tiempo de su exilio en Puerto Rico y donde escribió algunos de sus libros de poemas, entre ellos: *El Contemplado*.

Con la muerte de su suegro, Juan Marichal comienza -ayudado por su esposa y también por el mejor amigo de Don Pedro, Jorge Guillén- a trabajar en la edición de su obra. Entre sus papeles se encuentran con un libro de poemas que Pedro Salinas no quiso editar en su momento, y que suponía la continuación de sus mejores poemas de amor: *La voz a ti debida*, *Razón de amor*, y que conformaría la trilogía hoy por todos conocida, gracias al libro hallado por la familia. Este poemario llevaría por título: *Largo lamento*. Don Juan se dedica desde entonces -ayudado siempre por Solita- a editar y reeditar la obra de su suegro y a realizar estudios sobre la misma. En esos años de 1955 a 1958 edita *Poesías completas* para la editorial Aguilar, edición en la que todavía no se incluye *Largo lamento*. También edita los poemas inéditos de *Confianza*, el *Teatro Completo*. Y ya en décadas posteriores: *Ensayos de literatura hispánica*, *La responsabilidad del escritor*, *El defensor*. Y así fue a lo largo de toda su vida, dedicado fielmente a recuperar y reivindicar la obra de don Pedro. Así también lo ilustra su ensayo *Tres voces de Pedro Salinas*, y el último homenaje que dedicamos a Salinas en el Ateneo de Madrid, el 4 de diciembre de 2001 cuando se cumplía el cincuentenario de su fallecimiento.

Los años cincuenta siguen siendo para Juan Marichal la época de afianzarse como profesor universitario, en primer lugar en Bryn Mawr College desde 1953 a 1958, y en la que tuvo como colega y amigo al filósofo José Ferrater Mora; son los años familiares de la desaparición de sus suegros, pero también de ver crecer a sus hijos; y en los que aparece también uno de sus principales libros: *La voluntad de estilo (Teoría e historia del ensayismo hispánico)* en 1957, libro en varias ocasiones reeditado, el que podemos considerar como el primer libro importante de su autor. Es desde luego un clásico del ensayo español sobre nuestros ensayistas principales desde Santa Teresa hasta nuestros transterrados como Ferrater Mora y Francisco Ayala, pero pasando anteriormente por Quevedo, Cadalso, Feijóo, Jovellanos, Unamuno, Ortega y desde luego Américo Castro y Pedro Salinas, y ya con un estilo propio, el de Juan Marichal.

MAESTRO EN HARVARD (1958-1988)

Las décadas siguientes de los años sesenta, setenta y ochenta estarán marcadas por el trabajo de docente y escritor. Su posición de profesor se consolida cuando en 1958 obtiene su cátedra de lenguas románicas en la Universidad de Harvard, siendo posteriormente director del citado departamento. Su prestigio como profesor se va acrecentando en esos treinta años, y se convierte en formador de varias generaciones de nuevos docentes de las universidades norteamericanas.

Son también los años más prolíficos en su carrera como ensayista y articulista. Después de su libro: *La voluntad de estilo*, aparecen en esas décadas libros y ensayos numerosos, entre otros, *El nuevo pensamiento español* en 1966, publicado por una editorial mexicana, Finisterre. En colaboración con Octavio Paz, en la misma editorial publican *Las cosas en*

su sitio (*sobre la literatura española del siglo XX*); y luego Marichal publica *Tres voces de Pedro Salinas* en 1976. Luego en 1978 salen a la luz sus conferencias tituladas *Cuatro fases de la historia intelectual latinoamericana (1810-1970)*, publicadas por la Fundación Juan March y la editorial Cátedra. De estos años son también diversas ediciones de las obras de sus maestros, Pedro Salinas y Américo Castro.

Pero, sobre todo, hay que destacar su edición de las *Obras Completas de Manuel Azaña* que se publica en la editorial Oasis de México entre 1966 y 1968. Este es un trabajo intelectual que requirió una investigación durante largos años y, debe añadirse, que tuvo la fortuna de contar con la colaboración de la viuda de Azaña, Dolores Rivas Cherif, que vivía en México, especialmente para recuperar una parte de los *Diarios Secretos* de Azaña. Esta gran tarea editorial, por el que será siempre recordado, tuvo tanta trascendencia porque contribuyó a la formación de numerosos intelectuales y políticos de la oposición española de la época, que gracias a Marichal pudieron conocer la obra de Azaña y asomarse por primera vez a esos textos prohibidos en España. En 1968 la editorial Cuadernos para el Diálogo publica una recopilación de los textos de los prólogos a las *Obras Completas de Manuel Azaña* que llevan por título: *La vocación de Manuel Azaña*, que tendrán sucesivas ediciones en la editorial Alianza en 1971 y la última en 1982. En esta edición, ya en la España democrática, Juan Marichal nos explica qué le llevó a emprender tan difícil y singular tarea en los años sesenta: “Este libro no ha sido para su autor sólo un trabajo de investigador universitario: fue (y es), sobre todo, una expresión de fe en la capacidad española para la civilización humanitaria. La historia de España ha sido muy maltratada, desde hace siglos, por propios y extraños, que la han reducido con frecuencia a una monótona narración de episodios triviales y esperpentos reiterados. Mas todos sabemos que ningún país tiene la exclusividad de la violencia ni tampoco de la “filantropía” (como se decía en el siglo XVIII). La apelación

del presidente Azaña en 1938 a la conciencia colectiva de los españoles (“Paz, piedad, perdón”) debería ser escuchada hoy por todos los españoles que practican, gárrula y cotidianamente, la auto difamación nacional. Y, por supuesto, la cuantía de la sangre derramada en tierra española – durante la guerra civil y la larga represión caudillista- impone al historiador de España una estricta fidelidad a los principios normativos de toda reconstrucción histórica: la ecuanimidad, la humildad y la compasión”. Palabras de Marichal de principios de los años ochenta, pero que hoy leemos como recomendaciones demasiado actuales en el nuevo siglo de España. Los volúmenes de Oasis son ya muy difíciles de localizar, *La vocación de Manuel Azaña*, lo mismo, ya que no volvió a editarse. Pero al menos podemos leer las obras completas de Azaña –hoy, sí realmente completas gracias a los nuevos textos hallados- gracias a la labor que ha continuado el historiador, Santos Juliá.

Además de dar a conocer la personalidad y la obra de Manuel Azaña, Marichal hace lo mismo con un canario hasta entonces bastante desconocido y mal tratado por la historia como Juan Negrín, del que escribe varios artículos en revistas de prestigio. En sus ensayos se propone con la gran cantidad de material que reúne escribir su biografía, empresa que nunca lleva a cabo. Más recientemente han publicado importantes trabajos sobre Negrín otros historiadores como Gabriel Jackson, Ricardo Miralles, Enrique Moradiellos o Ángel Viñas. Pero cabe sugerir que son deudores de los artículos pioneros sobre la figura de Negrín que en su día publicara Juan Marichal tales, como: *Ciencia y Gobierno: la significación histórica de Juan Negrín (1892-1956)*, *La revelación de Juan Negrín en la Valencia de 1937*, *Juan Negrín: el científico como gobernante*, *Significación histórica de Juan Negrín*, etcetera.

En estos años ya desde principios de los sesenta, Juan Marichal toma contacto directa con la sociedad española de la que nunca estuvo alejado, por el interés que siempre tuvo por todo lo que acontecía en su país, y por la larga correspondencia con sus paisanos no solo del exilio,

sino también del exilio interior. El contacto lo mantiene a lo largo de los años de varias formas: 1. por la correspondencia; 2. al estar plenamente informado de todo lo que ocurre en España a través de las publicaciones, que consulta en ese oasis que es para él la biblioteca de la Universidad de Harvard; 3. por los españoles que empiezan a viajar a los Estados Unidos para realizar sus estudios, los jóvenes estudiantes que como Javier Solana y otros, contactan con el maestro español; y 4. y más importante los viajes que comienza a realizar a España, a la que viene como en su día diría Ayala: “para ver y no ser visto”. En esos viajes se entrevista con todos los amigos que solo conoce por carta y con los que lleva manteniendo esa amplia correspondencia, amigos como el canario Domingo Pérez Minik y su esposa, con los que visita su isla de Tenerife a la que no había vuelto desde 1935. Y también es el momento en que se reconcilia con su padre al que también visita.

Marichal nos decía siempre que el exilio y el establecerse personal y profesionalmente en otro país de adopción no le hizo nunca olvidar por ningún momento a España. En su despacho universitario y en su casa de Boston se encontraba en un reducto español y siempre se mantuvo en contacto con su país, con su permanente preocupación de que pudieran recuperarse las libertades perdidas. Es relativamente poco conocida su contribución al restablecimiento de la democracia en nuestro país, rara vez hablaba de ello, al menos en las largas conversaciones mantenidas conmigo: era un hombre humilde pero un demócrata de pensamiento y acción. Sin embargo, en su correspondencia hemos podido leer como en momentos críticos durante el franquismo él luchaba desde los Estados Unidos para que les restituyeran en sus Cátedras a los profesores expulsados de la Universidad española: Enrique Tierno Galván, Raúl Morodo, y José Luis López Aranguren. Para ello intenta que por aquel entonces el gobierno del presidente Kennedy presione al gobierno del general Franco, pidiendo el favor a su amigo arquitecto en la Universidad de Harvard, Josep Lluís Sert, para que escriba a otro catedrático de

Harvard, J.K. Galbraith (por aquel entonces asesor del presidente) para que interceda por los profesores españoles. En esas cartas se comprueba como don Juan no duda en pedir favores a sus colegas norteamericanos y de solicitar a éstos y a otros profesores españoles exiliados apoyo para encontrar trabajo en universidades norteamericanas a estos profesores represaliados por el régimen franquista. Así era la generosidad de don Juan y este gesto nos da cuenta de cómo desde el exilio luchaba por que se restableciera la democracia en su país.

Pero sí estas décadas estuvieron tan plagadas de éxitos profesionales como hemos visto, de reencuentro con los amigos, con su país, con su padre, de disfrute de su propia familia, de sus hijos y de Solita, su esposa; todo eso se vio empañado por la muerte de su hijo Miguel, que se suicida en mayo de 1975, poco antes del fallecimiento de Franco, cuando solo contaba veinticinco años de edad. La muerte de Miguel sumió a la familia Marichal-Salinas en un dolor tan profundo, del que ya nunca don Juan y Solita pudieron recuperarse del todo. A la memoria de Miguel, don Juan dedica desde varios de sus libros, y concretamente en *La vocación de Manuel Azaña*, editado en 1982 por Alianza, así lo expresa: “Estas páginas fueron escritas gracias a la compañía y el apoyo de mi mujer, Solita Salinas, y de mis hijos, Carlos Marichal y Miguel Marichal (1949-1975). Y a la memoria de Miguel, que no llegó a ver la restauración de las libertades democráticas españolas, se dedican estas páginas”.

Pese a que los Estados Unidos le acogió generosamente y en ese país pasó más de cuatro décadas de su vida, su sueño y el de su esposa Solita era regresar a España, pero ya no de visita, sino ya para quedarse a vivir hasta el final de sus días. Y así cuando se produce la jubilación en 1988, don Juan y Solita preparan todo para afincarse en España hasta el punto de vender su casa de Boston y prácticamente todos sus enseres, una nueva vida les esperaba en la otra orilla del Atlántico.

VOLUNTARIO DE MADRID (1988-2003)

En el año 1988 Juan Marichal se jubila de su Cátedra de Harvard, siendo nombrado catedrático emérito de la citada universidad, y es entonces que decide junto con su esposa Solita realizar un sueño acariciado desde aquel día en el que se casaron y le dijo a Solita que no necesitaban muchas cosas, ya que pronto volverían a España; como me confesaba don Juan, la maleta tuvo que esperar mucho tiempo. Pero en 1989 se establecen ya definitivamente en España, venden su casa de Boston y dejan atrás los Estados Unidos para alquilar un departamento en Madrid. Es entonces también que don Juan se declara ser “Voluntario de Madrid”.

Atrás quedan los años de profesor en los Estados Unidos, su único hijo, Carlos, ya casado y padre de dos hijas, ya tampoco vive en los Estados Unidos, sino que se ha establecido con su familia en Ciudad de México, en cuyo Colegio de México, fundado por los exiliados españoles, es profesor de Historia Económica. Ya nada le ata al país en el que vivió más de cuatro décadas y por fin, España ya no es un sueño, pues se convierte en una realidad.

Después de vivir en varias casas en Madrid, compran un piso en la C/ Caracas nº 15, un ático luminoso con vistas a los modernos edificios de la Castellana, en el señorial barrio de Chamberí. Allí pasaran Juan y Solita trece años de sus vidas y en ese ático nos llegamos a reunir en los últimos años de su estancia madrileña, tres tardes a la semana para tratar los artículos que escribía en distintos periódicos y para grabar muchas horas de recuerdos y trabajar en su último libro: *El designio de Unamuno*.

En ese primer año de 1989, en el año académico de 1989-1990 impartió un curso en el Instituto Universitario Ortega y Gasset de Madrid, sobre el pensamiento político latinoamericano. Solo fueron dos cursos en

los que dio clases en nuestro país. Y ahí en ese curso que comenzó en octubre de 1989 yo conocí como alumna suya a Juan Marichal. Las clases de don Juan estaban dotadas de la sabiduría de un gran maestro, de la melancolía de su carácter y de la cadencia de ese habla pausado de los canarios; no sabíamos aquellos pocos alumnos españoles y latinoamericanos que compartíamos aquel curso, que éramos unos auténticos privilegiados al recibir clase, de nada menos que de Juan Marichal de quién conocíamos solo alguno de sus libros.

Durante los años que don Juan vivió en Madrid, sí bien abandonó lo que había sido su dedicación principal durante toda su vida, la enseñanza, no fue así con respecto a las publicaciones, conferencias, y demás actividades culturales. Al contrario, podemos decir que se incrementaron, pues sobre todo los diez primeros años fueron de intensa vida intelectual. Desde su llegada, don Juan era requerido en muchos de los actos culturales que se desarrollaban en el Madrid de los años noventa, y además fue considerado y conocido por el público español. Juan Marichal debido a su edad pudo volver a España en la plenitud de sus facultades y recibir la gratitud de sus compatriotas y también la de sus colegas de profesión. El reconocimiento a su trayectoria intelectual no tardó en llegar: el mismo año de su establecimiento en Madrid se le concede la Medalla de Oro de Bellas Artes; dos años antes se le concedió el Premio Canarias de Literatura; en 1996 se le concede la Gran Cruz de Alfonso X el Sabio; y en el año 2002, coincidiendo con su ochenta cumpleaños, su Tenerife natal realiza un homenaje, que fue para Marichal el acto más querido de su trayectoria vital e intelectual, ya que supuso el reconocimiento de sus paisanos, en la isla que le vio nacer.

Los catorce años que don Juan residió en Madrid, aunque no por ello dejó de viajar por toda la Península y las islas Canarias, fueron como ya dijimos significativos en su actividad intelectual. Además de la dirección del *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, impartió durante esos años múltiples conferencias en la Residencia de Estudiantes,

la Institución Libre de Enseñanza, la Fundación Juan March, la Fundación Mapfre, y otras instituciones. Asimismo publicó una gran cantidad de artículos periodísticos en múltiples periódicos y revistas, sobre todo en *El País*; y publicó tres libros. Un primer texto fue *El intelectual y la política*, editado en 1990, que reúne cuatro conferencias pronunciadas en la Residencia de Estudiantes sobre cuatro figuras españolas Miguel de Unamuno, Manuel Azaña, José Ortega y Gasset y Juan Negrín. En 1995 publica una de sus obras capitales titulada, *El secreto de España*, que edita la editorial Taurus y que fue merecedora en 1996 del Premio Nacional de Historia. En el año 2002 también en Taurus, publica el que será su último libro editado en vida, *El designio de Unamuno*, con mi colaboración, en el que el eje central que une sus capítulos es la idea europeísta de Unamuno y también esa idea de la Europa de futuro por la que también abogaba Juan Marichal.

Desgraciadamente durante el año 2002 y en el 2003 su salud se fue deteriorando hasta el punto de no poder continuar con sus actividades intelectuales, ya apenas escribe, aún sigue leyendo los periódicos, pero las grabaciones se suspenden y su salud se deteriora de día en día. Ante esta situación su hijo Carlos decide trasladar a sus padres a Cuernavaca donde vive con su familia.

EPÍLOGO: MÉXICO (2003-2010)

En julio de 2003 Juan Marichal llega con su esposa Solita, su hijo Carlos y su nuera Soledad González, a Cuernavaca. El traslado viene dado por las circunstancias del empeoramiento de la salud tanto de don Juan como de Solita. Al llegar, su hijo Carlos Marichal les compra una casa, la casa del rincón del árbol, muy cerca de la suya para así poder visitarlos casi todos los días. Se encuentran muy bien atendidos por las mujeres mexicanas que los cuidan, pero aún así don Juan siente una profunda soledad, le falta España donde esperaba que finalizarían sus días, le faltan

los amigos que iban a visitarle frecuentemente, sus actividades intelectuales y solo se encuentra informado por los periódicos y revistas que llegan todos los días puntualmente de España.

Agradece las visitas que le hacemos sus amigos españoles, esos días se siente como nuevo, y en esos primeros años intentaba por todos los medios que su hijo Carlos le permitiera regresar: lo intentó cuando lo visité en el año 2004 y 2005, pero ya no en el 2010. También le visita en todos los viajes que hace a México el periodista canario Juan Cruz, pero se siente solo y triste en Cuernavaca, pese a las visitas diarias de Carlos y su familia. Y la soledad se agudiza cuando en noviembre de 2007 muere su esposa Solita, la compañera de toda una vida.

En junio de 2008 el embajador español en México, Carmelo Angulo, lo visita en su casa de Cuernavaca, para imponerle la Encomienda de la Gran Cruz de Isabel la Católica que le había sido concedida. Con tal motivo su hijo le organiza una fiesta en la que están presentes no sólo las autoridades, sino también toda la familia, hasta sus pequeños bisnietos: Elisa y Teo. Don Juan se siente muy feliz ese día, pese a su estado de salud. Aún así, don Juan se mantiene fuerte, gracias a la buena alimentación de la que siempre hizo gala, y a los cuidados que le precisan, pero el 8 de agosto de 2010, Juan Marichal fallece en su casa de Cuernavaca, en el exilio que le impusieron las circunstancias de su salud. Sus restos reposan al lado de los de su esposa, Solita Salinas, en un cementerio lleno de pinos y rodeado de vegetación y de la belleza de las buganvillas.

Julia Cela

Profesora de la Universidad Complutense de Madrid